

Lourdes Consuelo Pacheco Ladrón de Guevara

Universidad Autónoma de Nayarit

Furia

Juan y yo llegamos al registro civil para casarnos. Me gustaba saber que tenía mi acta de esposa, tal vez se la podría enseñar a mi madre y eso limaría el encono, su maldición sobre mí.

Durante mucho tiempo no le importaba dónde vivía, pero una vez llegó y empezó a gritarme, a tirar piedras a las ventanas de mi casa. Yo no alcanzaba a entender esa furia que siempre ha tenido hacia mí. Embarazada y desesperada, pregunté a varias tías por qué mi madre no solo no me quería, sino que si hubiera podido, me hubiera matado. Entonces, una tía me contó: la violaron cuando tenía 14 años, la obligaron a tenerte.

Veo su furia cuando avienta las piedras. Cuando se va, vuelvo a dejar su arsenal para que me las vuelva a tirar.

Abuela de leche

En diciembre mi hermana trajo a su hija de tres meses, así que toda la casa se llenó del aroma de la criatura. Oímos a la abuela murmurar: “de las puertas del infierno sacad, señor, su alma”. Huimos a la cocina antes de que la abuela nos obligara a rezar con ella.

Ajetreadas, no escuchábamos el llanto de la niña pidiendo su leche. Mi hermana cruzó el patio rumbo a las recámaras cuando gritó. Salimos al unísono y vimos, en su mecedora, a la abuela dando pecho a la criatura. Una boquita recién nacida se pegaba a su pecho flácido. La abuela tiene

96 años, había criado nueve hijos y una niña que le regalaron, “ved aquí el motivo por el que me tendrán por dichosa todas las generaciones”, musitaba. Siguió diciendo La Magnífica, teniendo a la niña en brazos.

–Quería chichi–, dijo en voz baja.

La vimos desde ese lugar donde viven las abuelas de la leche.

¿Usa bikini?

– Sí, dije débilmente por la anestesia que cerraba mis ojos y mi cuerpo.

Cuando desperté, tenía un pequeño bulto junto a mí. Dijeron que era mi hijo. Sentía la piel caliente a punto de explotar. Un intermitente cólico atravesaba mi vientre; me escurrían líquidos de mi vagina, de mis pechos. Me dolía la piel.

–¿Es lindo, verdad?

Veía el bulto y me preguntaba ¿dónde está el amor de madre? Pensé que al tenerlo en brazos sentiría cariño o algo así. Nada. Supuse que tal vez, tengo atrofiado ese sentimiento. Mi madre y hermanas se desvivían por contar las linduras del niño. Yo sentía que me costaba trabajo respirar cuando me lo acercaban. Tal vez así sea el amor de madre, empieza de la nada, con el cuerpo magullado; las entrañas, lastimadas.

–¿Por qué preguntó si usaba bikini? interrogué al médico, tiempo después.

–La operación debe ser horizontal para que la cicatriz no se vea.

Poco a poco me acostumbré a mi hijo; desde luego que no quise tener más. Por cierto, dejé de usar traje de baño de dos piezas.